

¡Te amo!... me decía sonriente con dulce y arrobador acento, cuyas inflexiones, cadenciosas enagenaban mi alma. ¡Que dulce será Edmundo querido, vivir siempre á tu lado, prodigándonos en alas de nuestro amor caricias mil!

¡Ingrata!... pérfida mujer, que cual la vibora, dejaste me acercase á tí, para mejor depositar en mí tu veneno! ¡Con que eran mentidas tus caricias y tus protestas y juramentos de cariño, y el placer que simulabas sentir al mirarme de rodillas á tus piés, era el del asesino que vé á su víctima encadenada é impotente... ¡¡¡Dios mio!!!

La emoción ahogó la voz en su garganta, y cayó pausadamente en un sillón, cubriéndose con las manos el rostro, por él que corrían silenciosas lágrimas.

Eduardo, dejó á su amigo entregarse á esta expansión del dolor, que calmaría su ánimo exaltado.

De pronto sonó en la casa un campanillazo, presentándose á poco un criado —¿Se puede? preguntó desde la puerta; pasad, le contestó Eduardo.— Señorito, dijo aquel, un hombre acaba de llegar preguntando por V. para darle una carta, que dice tiene que entregarle en persona.—Vien vamos, dijo Eduardo saliendo de la habitación.

Levantó Edmundo la cabeza, mirando á su redor. Estaba solo.

Sacó de su pecho un medallón en uno de cuyos lados, había un retrato de mujer, que llevó repetidas veces á sus labios. ¡Maria!... dijo, ¡Dios mio!... y aún la amo, y una de sus sonrisas desterraría de mi corazón la tormenta que en él se agita... pero es ¡imposible!...

El vibrante sonido de la campana del reloj, que había sobre la mesa, interrumpió este soliloquio; sus manecillas de plata, marcaban las doce.

Un estremecimiento convulsivo, agitó su cuerpo...

¡Era la hora de sus citas amorosas con Maria!

Una densa palidez, cubrió su semblante; su mirar estraviado, vagó recorriendo la estancia, y se detuvo fijo en un objeto que brillaba bajo la mesa. Era el revolver.

Abalanzóse á él, cogiéndole precipitadamente, al escuchar en la habitación contigua, pasos que se acercaban.

Llevó á sus labios el retrato, y después dijo apoyando en su sien el cañón del arma ¡¡¡adios Maria!!!... Sonó una detonación, y su cuerpo inerte, cayó pesadamente sobre el pavimento. Escucháronse acelerados pasos y un hombre se precipitó en la estancia. Era Eduardo. Al contemplar aquel espectáculo sangriento, empezó á dar voces pidiendo socorro, acudió la servidum-

bre, pero todo fué en vano, estaba muerto.

II.

Reinaba gran animación en los esplendentes salones de la baronesa del Pinar de Oro.

Entre los numerosos grupos de personas de uno y otro sexo, que ocupaban el salón de tertulia; notábase uno, formado por dos jóvenes, ambas de una belleza sorprendente; una de unos diez y nueve años, que mostraba continuamente su alegría, por medio de estrepitosas careajadas, y otra de unos veintidos.

Escuchémos su conversación.

«En verdad Maria, decía la mayor, que nunca te he visto tan alegre y expansiva como esta noche.—Tienes razón Amalia, contestó aquella, el baile me comunica su alegría, los elogios y galantes frases de esos jóvenes de la buena sociedad, me envanecen, sus palabras amorosas, me causan risa. ¡Oh! cuánto me alegró de haber terminado mis relaciones con el insostenible Edmundo. Sus demostraciones de cariño me hastiaban; su lenguaje, me causaba desprecio, risa el contemplarlo de rodillas delante de mí, cual el perro que se arrastra sumiso ante su amo impetrando perdón, ja... ja... ja...; era imposible contenerla, al contemplar aquel aire tan lastimoso que tomaba, para pintarme su necia pasión.—¡Pobrecillo, dijo Amalia, tienes muy mal corazón, eres injusta para con él, ¿Por qué te mefas de su amor? ¿Acaso es un delito amar?

—«¡Amar! interrumpió Maria, ja... ja... ja... eso no existe, el amor es un mito. ¿Crées tú, que si todos los matrimonios se afectuasen por amor, podríamos vivir, sufriendo continuamente, ridículas y enojosas demostraciones de cariño? No lo creas. Nosotras nos casamos, por seguir una costumbre inveterada, por poseer trajes, joyas, y las comodidades que nos proporcionan los hombres con sus riquezas; estos por conseguir nuestras caricias, que reciben á trueque de ese oro tan ambicionado.

En esto se dejaron oír las primeras notas de la música, que convidaba al baile.

Los convidados, se apresuraron á reunirse con sus parejas.

A bailar, Amalia; dijo Maria, y arrastrando á su amiga se precipitaron en el salón donde sonaban los acordes.

Poco después, se vió á esta última, entre los brazos de un baroncito de rubio bigote, entregose al son de las armonías de la orquesta en el rápido compás de un galop, y confundirse poco después entre la multitud.

En esto, la campana de la vecina iglesia, simulando toques de agonía,

dió las doce, acallando el ruido ensordecedor del baile, su vibrante sonido.

Vera y Septiembre 97.

Juan A. de Meca y Gimenez.

Noticias

Plano de minas.—Hemos tenido el gusto de examinar los planos de las pertenencias mineras de los distritos de Almagrera, Herrerías y Bédar, levantados por el director del periódico *El Faro*, fotografiado en papel ferroprusiato, que regala á los que se suscriban por un año á aquella interesante publicación periódica.

Es un trabajo muy bien acabado en escala de uno por 20,000 que poco deja que desear y que en realidad es un obsequio que hace á sus suscriptores, pues el importe de la suscripción no recompensa los gastos de este útil trabajo, y mucho mas en poblaciones en las cuales difícilmente se encontrará una persona que no cuente con mayor ó menor participación en las minas de los distritos mineros de que se deja hecha referencia.

Felicitemos al D. Salvador Rancel y Ballesteros por un trabajo que honra su capacidad y sus conocimientos especiales como hábil y entendido dibujante.

Compañía de zarzuela.—Es probable que la que esta ahora actuando en el teatro Guerra de Lorca bajo la dirección del reputado empresario don Pablo López, pase á esta localidad y abra un corto abono.

Sabemos que se le han hecho proposiciones en tal sentido.

También es fácil que durante el invierno tengamos ocasión de aplaudir á los artistas que dirige el Sr. Ruilba, que tan agradables recuerdos dejó en este público.

Conducta plausible.—Lo es la de nuestro amigo D. José Navarro, que durante la epidemia variolosa ha prestado asistencia á cuarenta y seis enfermos, de los cuales se han curado cuarenta y uno, falleciendo solamente cinco; tres niños y dos adultos; todos sin vacunar.

D. E. P.—En la noche del diez del corriente pasó á mejor vida nuestro querido amigo D. Felipe Albarracín Secades.

Triste suceso que priva á su amante y joven esposa de un marido modelo, á sus padres de un hijo amantísimo; á cuantos lo trataron, de un amigo leal y cariñoso, y deja huérfano á su hijo, preciosa y angelical criatura de pocos meses.

Al pedir al Todopoderoso acoja en su seno el alma del finado, enviamos á su distinguida familia la expresión mas sentida de nuestro pésame, por si sirve de lenitivo á su dolor al que de todas veas se asocia la Dirección y Redacción de EL ECO DE ALMANZORA.

Profesor de guitarra.—Ofrece sus servicios al público el acreditado pro-